

# Italia:

3 LECCIONES

## Las huellas de España en la Geografía económica de Nápoles, Sicilia y el Milanésado

Por ISIDORO ESCAGÜES DE JAVIERRE

(Catedrático de Geografía e Historia del Instituto Nacional de Enseñanza Media masculino de Bilbao)

*LOS presentes estudios fueron publicados por su autor, en años pasados, en la «Revista Geográfica Española»; por hallarse ésta agotada, los reproducimos a continuación, en atención a la actualidad que poseen para el desarrollo del curso Preuniversitario. Con objeto de actualizarlo, el señor Escagües ha modernizado algunas cifras y añadido algunas notas y aclaraciones.*

## Huella de España en la Geografía económica de Nápoles

### I. LA SOLIDARIDAD ECONOMICA MEDITERRANEA

A pesar de las frecuentes guerras y del nacimiento en Europa de los nacionalismos cerrados, en varios lugares del Viejo Continente a finales de la Edad Media y comienzos de la Moderna se desarrolló un concepto de solidaridad económica, que había de tener, siglos después, repercusiones favorables en el desarrollo de algunas ramas de la producción.

De un modo especial sucedió esto entre Italia y España; y fué precisamente en el aspecto de la producción aquel en el que estos dos países se sintieron solidarios en algunas cuestiones, como las del cultivo y producción de la viña, olivo, frutos agrios y tempranos, etc., etc.

El Levante español y la tierra napolitana tuvieron, durante los siglos en los que se prolongó el dominio hispano, una gran solidaridad en el campo de la producción, la cual, sin duda, nació no solamente del valor de ambas zonas geográficas y de la singularidad de su vida agraria, sino también del eficaz influjo

y certera visión económica de los administradores españoles, los cuales, dándose cuenta de las afinidades físicas, contribuyeron con sus medidas al progreso agrícola de esta región italiana. Y es por ello por lo que hoy podemos hablar de unas huellas geoeconómicas españolas en las riquísimas tierras napolitanas.

## II. ITALIA, LAS TIERRAS NAPOLITANAS Y ESPAÑA

Entre la gigantesca masa de los Alpes y el mar Mediterráneo se extiende la península italiana, que, con características geográficas peculiares, se nos ofrece como una de las zonas más antiguas y permanentes de la fisonomía física de la Tierra. Territorio pequeño, que no fué obstáculo para que despertase a la civilización hace muchos siglos, para que se enriqueciese de ideas y creencias que después propagó por el mundo y para que, en suma, desempeñase en la vida de la Humanidad uno de los papeles más trascendentales que reseña la historia del mundo.

La posición que ocupa Italia en el Mediterráneo es magnífica; y esto, unido al desarrollo del litoral, le han convertido desde los viejos tiempos en el paso obligado del comercio que del norte de Europa se dirigía al Mediterráneo, a través de los «cols» alpinos, y de oriente a occidente, surcando los canales del «Mare Nostrum».

En las páginas de la historia, hablar de zonas estratégicamente comerciales ha sido simultáneamente hablar de zonas de gran valor militar. Los pueblos se han disputado su dominio y, por ello, no es de extrañar que la historia de Italia se halle salpicada de luchas abundantes, que han tenido lugar en su suelo desde las épocas más lejanas de la antigüedad, colisiones que han retrasado en los tiempos modernos su progreso. Mas desde que la unidad nacional fué asegurada en el XIX, Italia fué la nación que hizo los progresos más rápidos de Europa, después de Alemania, debidos aquellos en parte a la laboriosidad y habilidad de sus habitantes.

La industria, por las turbulencias políticas, penetró tarde en esta región mediterránea, y todavía hoy, a pesar de sus progresos, permanece localizada en algunas ciudades del norte. Por eso, gran parte de la economía italiana se basa en la agricultura, cuyas actividades ocupan la mayor masa de población, y es la que proporciona, sin acudir a la importación, los artículos básicos de la alimentación.

Lo que el mundo debe a Italia en el campo del espíritu todavía no ha sido valorado como merece. Y lo que Italia debe, en el campo de su economía, a una de sus regiones, a la tierra napolitana, también merece ser recordado (1). Tierra que no sólo va en primera fila dentro de la historia de Italia, sino que también ocupa un lugar destacado en la historia de España, presentando como prueba de ello, por doquier, y sobre todo en Nápoles, huellas hispanas.

Ningún país tiene historia o paisaje económico propio, exclusivos de él, porque los de todos lo es a la vez de los pueblos con los que ha tenido choques, rozamientos o simples tratos; la historia es tanto más común cuanto más tiempo ha durado y cuanto más intensos han sido los choques, los rozamientos o los tratos. Y el paisaje económico pregonaba también el buen gobierno o la perfecta administración de los viejos dominadores. Por ello, más que por las luchas, como los contactos pacíficos entre el viejo reino de Nápoles y España duraron varios siglos, se explica perfectamente una doble afirmación: la comunidad que durante varias centurias posee la historia napolitana con la de España, y las afinidades

(1) El antiguo Reino de las Dos Sicilias constaba de dos partes distintas: Sicilia y Nápoles. Esta se dividía en cuatro grandes provincias: Abruzos, la Apulia, la Calabria y la Campania.

económicas existentes entre esta región italiana y el Levante español. Y esto explica también las relaciones geográficas e históricas que la política marítima española tuvo con muchas regiones de Italia desde los tiempos más remotos; política paralela y con alternativas en el predominio de uno u otro pueblo, que todavía no ha sido estudiado como merece.

El paisaje económico de Nápoles, la Campania y todo el sur de Italia en general ofrecen claramente el influjo de la Tierra sobre el Hombre, pero ofrecen también la muestra de que el habitante de esta región es un ser reactivo, pues con su actividad ha podido transformar el medio físico en que se ha desarrollado.

Como dice Ortega y Gasset (2), el paisaje geográfico no determina causal, inexorablemente los destinos económicos o históricos de un pueblo; es decir, la geografía no arrastra a la historia, pero sí la incita. El dato geográfico es muy importante para la historia de un pueblo, aunque en sentido opuesto al que Taine le daba. No es aprovechable como causa que explica el carácter de un pueblo, sino al revés, como síntoma y símbolo de ese carácter, afirmación que se ve patentemente en las tierras napolitanas que vamos a describir.

Este paisaje geográfico napolitano, aunque no ha logrado arrastrar a la historia, sí que la ha incitado, de lo que tenemos como muestra el predominio español en el viejo reino de Nápoles, que tuvo una misión geopolítica peculiar, y en el que, en el transcurso de varios siglos, surgieron diferentes facetas económicas, muy diversas a las de la antigüedad, debidas especialmente a la radical transformación que la vida agraria sufrió al contacto con los gobernantes españoles que lo tutelaron.

### III. EL RELIEVE Y SU PAPEL ECONOMICO

En pocos lugares del Globo las relaciones entre la economía y la geografía forman, como en el sur de Italia, una trama espesa e indisoluble. Es preciso considerar la persistencia de las condiciones naturales y la continuidad del esfuerzo humano para comprender a los lugares, a las gentes que las habitan y a la actividad de éstas. Por eso, a continuación ofrecemos un breve cuadro del medio físico de la Campania, que ayudará a comprender la actividad humana del napolitano.

La gran cordillera de los Apeninos se estrecha y pierde su poderío a medida que va descendiendo por la península italiana. Y la parte de esta cordillera que accidenta el suelo de la Campania, el Apenino napolitano, presenta el máximo testimonio de dislocamiento. Sus graderíos forman rápidos, radicando allí un arco volcánico que lo convierte en uno de los países más feraces del mundo, fertilidad proverbial que disfruta, que además del clima es debida a la acumulación en el suelo de los materiales volcánicos, que contienen sustancias de gran valía para la nutrición de las plantas. Ha sido, pues, el relieve y la especial constitución geológica la base de la riqueza de esta región, que desde tiempos lejanos ha atraído a los hombres, hasta convertir a esta zona en uno de los «hormigueros humanos».

La Campania se extiende al sur del Lacio, entre los Apeninos y el mar, y desde el río Garigliano (en el que el nombre de España se recuerda inmediatamente) hasta el golfo de Policastro.

Físicamente es preciso distinguir en ella dos grandes partes: la zona litoral y la interna; suave la primera, agreste la segunda; mas lo mismo la una que la otra, con gran variedad topográfica. Intrincada orografía que evita los horizontes monótonos de otras zonas del Globo, pues la montaña, cuando nos domina, se distingue desde todos los lugares, característica orográfica que convierte esta zona italiana en una de las tierras privilegiadas para el turismo.

(2) J. Ortega y Gasset: «El espectador», tomo IV.

El relieve, geológicamente muy joven, tiene como correlativo la abundancia de erupciones volcánicas que tienen lugar en la comarca de Nápoles. «Aquí, al este de la ciudad, yace el Vesubio, el único volcán cuya actividad ha perdurado sobre el suelo continental de Italia. Hasta el año 63 después de J. C. no mostró actividad ostensible; en aquel entonces comenzaron los terremotos, como preludio, sin duda, de la devastadora erupción que en el año 79 destruyó las ciudades de Estabia, Pompeya y Herculano y demolió la muralla crateriana del monte Somma, que hasta entonces había permanecido cerrada en todo su circuito, dando nacimiento al actual cono volcánico. Hasta el siglo XII las erupciones se sucedieron con relativa continuidad; a partir de entonces se sucedió una nueva pausa o período de escasa actividad, que duró hasta 1631, fecha en la cual se inició (mediante una inusitada y terrible erupción que destruyó Torre de Greco) un nuevo período de actividad, con frecuentes erupciones» (3).

Como dice Ribeiro (4), los temblores de tierra, tantas veces catastróficos en áreas extensas, y los volcanes, de radio de acción más limitado, son dos factores de destrucción y de muerte que pesan como una amenaza permanente en el destino de alguna de estas regiones del sur de Italia. El panorama de la bahía de Nápoles, con sus pinos tranquilos en primer plano, el caserío blanco de la ciudad entre las aguas luminosas y serenas y el Vesubio coronado de su penacho de humo, ¿no será, tal vez, la imagen más exacta de toda la región mediterránea?

Porque, en efecto, el litoral, el relieve, la economía y la geografía humana de la Campania constituyen un retrato bastante acertado del medio físico y humano del Levante español, con el que a través de la historia ha tenido tantos puntos de contacto, semejanza que se ve aún más patente en la climatología, tan parecida a la del litoral mediterráneo de España.

#### IV. EL MEDITERRANEO, REGULADOR DEL CLIMA VALENCIANO Y NAPOLITANO

Hay un clima típico en las tierras del Mediterráneo caracterizado por los inviernos moderados, los veranos secos y calientes, la temperatura media elevada y la escasez de lluvias, con un total de precipitaciones muy bajo. Y dentro de este esquema climático general se sitúan varios climas mediterráneos o microclimas bien diferenciados, entre los que destaca el clima de la Campania y el valenciano.

La Campania presenta un clima mucho más cálido y seco que el del norte y centro de Italia, anunciando ya en sus rasgos generales el clima norteafricano. Las afinidades entre el Levante español y las regiones que estamos describiendo se ven en las temperaturas medias de Valencia y Nápoles, las cuales señalan la semejanza atmosférica existente entre las dos regiones mediterráneas:

Valencia: enero, 8,5 grados; julio, 26 grados.

Nápoles: enero, 8,3 grados; julio, 24,3 grados.

El clima de Nápoles y de las tierras que le rodean, como se deduce por estos datos, es realmente privilegiado, beneficio que se aumenta por la belleza de su cielo, permanentemente azulado. La muralla que forman los Apeninos protege a la zona llana de la Campania de los vientos del norte, y el Mediterráneo, que se extiende a sus pies, envuelve a la mayor parte de la región de una benéfica influencia reguladora.

Hemos señalado anteriormente que físicamente se distinguen dos grandes partes en la Campania: la litoral y la interior. Y esta diversidad se manifiesta también en el clima, que presenta algunas diferencias entre ambos puntos.

(3) Georg Greim: «Geografía de Italia». Barcelona, 1943. Págs. 15 y 16.

(4) O. Ribeiro: «Portugal: O Mediterráneo e o Atlántico». Lisboa, 1945. Pág. 4.

En la zona costera la temperatura media anual es de 16 grados (Nápoles, 15,8; Torre del Greco, 16), mientras que en el interior aquellas cifras disminuyen algo (14 grados en Benevento; 13 grados en Aventino). Monte Virgene tiene una media de 8 grados, aunque este dato no puede considerarse como normal de la Campania, ya que esta zona se halla situada a 1.270 metros de altura, en la Cadena Apenina.

Existen también diferencias en la pluviosidad de la Campania. En toda esta región las lluvias ofrecen un total anual variable, aunque generalmente poco elevado (zona litoral, 300 mm.), repartiéndose de un modo muy desigual. Como en el Levante hispano, el influjo del relieve sobre las precipitaciones es muy grande; por ello, la máxima pluviosidad se concentra en las zonas altas del Apenino napolitano, por ser esta zona el área más apropiada para la condensación del vapor acuoso de los vientos húmedos que llegan del SO., existiendo aquí puntos en donde llueve por encima de los 1.000 mm. anuales, cantidad que disminuye a medida que la altitud desciende, hasta llegar a la costa con un promedio anual de lluvias reducido a la tercera parte de la cifra anterior (Nápoles, 330 mm.).

De un modo análogo a la España mediterránea, las lluvias de la Campania se reparten de un modo muy desigual; a veces las estaciones presentan una sequedad casi desértica, «y así vemos prolongarse la sequía cuatro meses en Nápoles» (5). Mas de repente, las tempestades y tormentas se abaten sobre la región con violencia, aunque momentáneamente, pues pasado poco tiempo el cielo vuelve a su claridad y brillantez habitual, después de haber causado, con el desbordamiento de los ríos no encauzados, la destrucción de muchos cultivos; estragos que están siendo remediados, en parte, por las modernas obras de ingeniería.

Vemos, pues, de lo expuesto anteriormente que, en líneas generales, el clima de la Campania es, con pocas modificaciones, el común a Valencia y a toda la cuenca del Mediterráneo, con caracteres algo más suaves en cuanto a la temperatura y mayor número de precipitaciones, siendo el mejor índice de este clima la vegetación, cuyo símbolo característico es el olivo, es decir, la planta típica de todo el mundo que abarca el Mediterráneo romano.

## V. LA VEGETACION Y SUS AFINIDADES CON LA DE LA ZONA MEDITERRANEA ESPAÑOLA

Los caracteres climáticos y geológicos reseñados son los determinantes de la vegetación de la Campania, en cuyo suelo se marca el enlace con las zonas subtropicales, y sus semejanzas con la de la Cirenaica y del Levante español. Y fué precisamente esta semejanza de vegetación con el oriente de España lo que más hizo admirar a estas tierras a los ejércitos españoles que en pasados siglos pelearon por el sur de Italia, integrados en su mayoría por soldados de la antigua corona de Aragón.

Para adaptarse a la sequedad del ambiente muchas plantas, desperdigadas por los campos, exhalan perfumes, sobre todo en primavera, perfumes que hoy también causan una impresión nostálgica a los españoles que los aspiran, pues con ellos se manifiestan olores familiares y semejantes a los que se perciben en las provincias españolas levantinas. A la semejanza climática de ambos puntos, español e italiano, corresponde igualmente una semejanza en la vegetación, y, como después veremos, también y hasta cierto punto, una semejanza en los géneros de vida.

El paisaje vegetal original de la Campania ha sido modificado por el hombre, que, como en Valencia y Murcia, con su trabajo continuo ha hecho desaparecer

(5) Georg Greim: Ob. cit., pág. 82.

las matas y bosques, y al introducir el riego artificial hizo surgir, ya hace siglos, bajo el dominio español, determinados cultivos.

La vegetación ha adquirido un desarrollo proporcional a la altitud: el maquis mediterráneo domina hasta los 400 metros de elevación; el bosque, hasta los 1.000, y los abetos, en las alturas superiores. El número de plantas cultivadas es incontable, dispuestas en el suelo formando terrazas que, vistas desde lejos, asemejan la tierra a perfectas figuras geométricas. Hay plantaciones algodoneras por debajo de los 200 metros; naranjos y árboles afines hasta los 500, y olivos, almendros, algarrobos, laureles y viñas hasta altitudes aún mayores; y, desperdigadas por el campo, una variedad incontable de especies vegetales, muchas de ellas llevadas allí por los españoles, y adaptadas maravillosamente a esta tierra, por la fertilidad del suelo y las espléndidas condiciones climáticas.

Han sido muchas, en efecto, las especies introducidas por España en la agricultura de la Campania, lo que ha determinado una riquísima variedad vegetal y, por ella, una radical transformación del paisaje, que hoy presenta un aspecto muy diverso al que poseyó hace unos cuantos siglos. Y si nuestros soldados del xv y xvi que vivieron por estas tierras pudieran contemplarlas de nuevo en la actualidad, seguramente quedarían admirados del cambio experimentado por el paisaje. Este cambio es el mejor símbolo de la constancia y laboriosidad del hombre napolitano, que, como en el Levante español, luchando bravamente contra la Naturaleza, ha convertido sus tierras en uno de los grandes vergeles de Europa y en una de esas manchas riquísimas, que aparecen como un «don de Dios» en algunos rincones del mundo.

## VI. LA VIDA AGRARIA Y SU DESARROLLO

Italia tiene tierras de una gran fertilidad, en las que se reparten los cultivos de un modo variable, en armonía con las diferencias de altitud y de climas, que aparecen escalonados, determinando por ello una serie de curiosos contrastes geográficos. Uno de los geógrafos modernos más ilustres, Carlos Ritter (6), mostró las variaciones de los modos de explotación en toda la extensión de la península, distinguiendo tres sistemas: el de la alta montaña y de marismas, el lombardo y el de los cultivos en terraza, repartidos en varios puntos de Italia, y también en la Campania, con viñas, higueras, naranjos, olivos y una variedad inabarcable de árboles frutales.

Mas, como en el resto de Italia, en la Campania existen varias zonas de diversa fertilidad, siendo la menos productiva la que se halla en contacto con los Apeninos y, por lo tanto, la más accidentada, por la cordillera, zona que ofrece un contraste grandísimo con el resto de la región, como vamos a señalar a continuación.

En efecto: en la zona fértil de la Campania, que abarca una extensión superficial mucho mayor que la estéril, se suceden por todas partes los cultivos intensivos y minuciosos, en los que el napolitano se encuentra siempre pendiente de las plantas, a las que consagra, cual si se tratase de jardines, infinitos trabajos y cuidados. De un modo análogo al de la huerta valenciana, la campiña napolitana posee una sabia distribución de tierras y aguas, en las que se desarrolla lo que en Italia se llama «cultura promiscua», es decir, mezclada, por criarse cereales, árboles frutales, legumbres y mil especies de plantas diversas. Allí se obtienen los célebres trigos de Nápoles, de gran reputación, con cuya harina se

(6) Carlos Ritter, discípulo de Humboldt, buscó en todos sus estudios las relaciones entre la Tierra y el Hombre, colocando a éste como centro de su estudio, y considerando a aquélla como escenario de la vida humana. Por eso acudió a Italia en busca de datos, que encontró, para asentar en ellos las aseveraciones y principios que en gran parte han constituido la moderna geografía científica.

fabrica la pasta especial empleada en la elaboración de los «macheroni». Y por todas partes se cultiva en grandes extensiones otra planta de la civilización, como la llamó Vidal de la Blache, es decir, las célebres vides, en parras altas unas veces, en graderíos otras, de las que se extraen los populares y universalmente conocidos vinos del Vesubio, Capri y Lacrima Christi; probando la laboriosidad del napolitano el hecho de que en esta región la vid ha desenvuelto sus plantaciones más rápidamente que en ningún otro lugar de Italia, seguramente porque en la Campania ha encontrado las condiciones óptimas para su cultivo, es decir, temperatura constante en la época de maduración y sequedad del aire, en mejores condiciones que en otros lugares italianos.

Otra gran originalidad de los cultivos napolitanos, común con el de varias regiones mediterráneas, es la del desarrollo del olivo, árbol muy sensible a las variaciones atmosféricas y que, por la uniformidad climática napolitana, produce en esta región unos rendimientos muy regulares.

Las frutas y las legumbres ocupan áreas muy extensas, y como son plantas delicadas, que requieren suelos ricos y de mucho fondo, completados con el riego, precisan abundante mano de obra, lo que se traduce en una densidad muy alta de población, como después indicaremos.

El puesto de primer orden que tiene la Campania en el agro italiano se deriva principalmente de la fertilidad, del clima y también de los cuidados que la numerosa mano de obra que posee tributa a las plantas. Y así, estos trabajos intensos han hecho de toda esta hermosa región la primera zona italiana en cultivos arbóreos y herbáceos y le han dado el primer puesto de la península en el cultivo de algunas hortalizas, leguminosas y frutas, y el segundo en la producción de tabaco y patatas, productos, en su mayoría, obtenidos en pequeñas parcelas, debido al gran fraccionamiento de la propiedad.

Complemento de la agricultura napolitana es la ganadería que, como en el resto de las regiones mediterráneas, practica la trashumancia entre las zonas montañosas del interior y las llanas de la faja costera. Las ovejas y cabras proporcionan a la economía de las tierras pobres montañosas del Apenino napolitano, lanas, carnes, leche y quesos, base de la economía de algunas aldeas y de una industria rudimentaria.

## VII. LA TRADICIONAL VIDA MARINERA DEL LITORAL NAPOLITANO

El recortamiento de las costas de la Campania fué en siglos pasados, como en la actualidad, un factor favorable para el desarrollo de la vida marítima, pues desde tiempos muy antiguos la pesca ha ocupado a muchos de sus habitantes, los cuales han adquirido una habilidad tan grande en las faenas marineras que hoy puede calcularse que la décima parte de los pescadores italianos son naturales de esta región, encontrándose todavía en una proporción mayor el número de embarcaciones, pues de un total de 38.000 barcos pesqueros que trabajan en toda la nación, más de 6.000 pertenecen a puertos de la región napolitana.

La pesca constituye en el litoral napolitano una actividad tradicional, obteniéndose principalmente atún y sardinias, así como también grandes cantidades de corales y esponjas en Torre del Greco y Nápoles. Algunos pueblos costeros, aunque en pequeña cantidad, obtienen sal por la desecación de las aguas del mar.

Aunque la importancia de la pesca es grande en el campo de la economía regional, lo es todavía mayor si se le considera el papel que ha tenido y tiene en la vida exterior de la Campania. Debido a ella, Nápoles fué ya en siglos pasados un centro de importantes relaciones mercantiles con todo el mundo mediterráneo, y principalmente con Cataluña; y, también por ella, los hombres que poblaban estas tierras se desperdigaron por el mundo, lo mismo que en la actualidad. La

emigración en la Campania ha sido un fenómeno muy antiguo, dirigiéndose especialmente este éxodo hacia América, constituyendo una cifra bastante elevada respecto a la del total de Italia la de emigrantes napolitanos: en 1884 emigraron 68.000 italianos, de los cuales 14.000 eran de la Campania.

### VIII. LA INDUSTRIA, EL COMERCIO Y LAS COMUNICACIONES

Las características geográficas que acabamos de reseñar explican que el desarrollo industrial de la Campania, al igual que el del Levante español, sea muy reducido, limitándose casi exclusivamente a las industrias derivadas de la agricultura. Como más de las tres cuartas partes de sus habitantes se dedican al cultivo de la tierra, es muy pequeño el número de los que se ocupan en faenas industriales o en el comercio.

Actualmente, las industrias extractivas tienen menos importancia que en la antigüedad, ya que en los tiempos de Plinio las costas de la Campania eran todavía notables por la explotación de las minas de cobre, a pesar de que muchas de éstas se habían agotado debido a los rendimientos intensivos. En la ciudad de Nápoles han alcanzado estado floreciente las industrias de conservas y pastas alimenticias; en las de Puzzuoli y Bagnoli se han desarrollado algunas industrias metalúrgicas y metálicas, existiendo en Castellamare di Stabia un excelente astillero.

El comercio se halla favorecido por el desarrollo alcanzado por los ferrocarriles, el gran medio de transporte de la Campania; y en esta región, como en el resto del sur de Italia, subsiste todavía el curioso sistema de los caminos de trashumancia creados por Alfonso de Aragón, caminos de una anchura bastante grande, llamados «tratturelli» y «tratturi», que atraviesan en línea recta las planicies y las montañas de la zona que estamos describiendo y otras de la Italia meridional. Curioso sistema de comunicaciones que ha sido aprovechado por la técnica moderna para construir, por los puntos atravesados por aquéllos, las modernas carreteras y ferrocarriles, lo que prueba la certera visión técnica que tuvieron sus constructores españoles (7).

Algunas de sus carreteras pasan a media ladera de los contrafuertes montañosos que avanzan hacia el mar, dominando el paisaje, que a cada vuelta cambia de aspecto, pero es siempre hermoso, risueño y alegre. Es por ello por lo que puede catalogarse las carreteras napolitanas como uno de los miradores más bellos del mundo.

Las comunicaciones se hallan facilitadas por la existencia del magnífico puerto de Nápoles, el segundo de la nación en tráfico comercial, con un movimiento anual superior a los seis millones de toneladas, ocupando el primer lugar de Italia por el movimiento de pasajeros, emigrantes en su mayor parte hacia América o África del Norte. Nápoles constituye la salida natural hacia el mundo de los ricos productos de las tierras vinícolas y fruteras de la Campania, y también de las riquezas de la mayor parte del sur de Italia, estando por ello pertrechado con las máquinas necesarias para el comercio marítimo moderno, conservando la antiquísima tradición y el destacado lugar que desde tiempos pasados tuvo entre los puertos del Mediterráneo. La competencia que, desde finales del XIX, ha hecho al de Valencia en el campo de la exportación frutera, prueba la gran riqueza y fertilidad de su reducido pero feracísimo «hinterland».

(7) Cuando los hombres actuales quieren establecer vías de comunicación caen, sin esfuerzo, en los viejos itinerarios y antiguos trazados. Para ampliar esta idea véase mi trabajo «Las carreteras españolas actuales y las calzadas romanas». Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid, Tomo LXXXIII, Madrid, 1947, Pág. 393 y sícs.

## IX. LA POBLACION Y SU REPARTO

La agricultura intensiva que se ha desarrollado en la Campania pregona claramente su elevada densidad de población, ya que es preciso el concurso de una mano de obra abundante para mantener en plena productividad el suelo: vigilancia de las tierras, muchas de ellas dispuestas en terrazas; obras de riego para aprovechar el caudal de los ríos, utilizados, como el del Turia o Segura, en España, hasta el máximo; conservación de canales y muros; cuidados minuciosos de las plantas de huerta, etc., todo lo cual, unido a la asombrosa fertilidad, explica la cifra aproximada de 260 habitantes por kilómetro cuadrado que posee esta región (8). (Región levantina española, 125 habitantes por kilómetro cuadrado.)

La repartición de la población es muy desigual, acumulándose las mayores masas humanas en las cercanías de Nápoles, con más de 600 habitantes por kilómetro cuadrado, cifra que supera al millar en algunos puntos de la faja costera del golfo de Nápoles.

Dentro de la Campania la diferencia de densidades es muy acusada, pasándose fácilmente, en algunos puntos, y casi sin transición, de verdaderos «ormigueros humanos», catalogados entre los más densos del mundo (al igual que en la huerta valenciana), a otros, en la montaña apenina, de densidades inferiores, repitiéndose así en Italia el fenómeno de la escasez de población que poseen los partidos interiores de Valencia, a pesar de hallarse situados a muy pocos kilómetros de las huertas intensamente pobladas.

La densidad media total de la región napolitana es siempre superior a la media de Europa en cualquiera de las cuatro provincias en que administrativamente se divide la Campania, o sea, Nápoles, Benevento, Avellino y Salerno, como se detalla a continuación:

Provincia	Kms. <sup>2</sup>	Población (1921)	Densidad por Km. <sup>2</sup>
Nápoles ... ..	3.118	1.967.077	631
Benevento ... ..	2.588	299.665	116
Avellino ... ..	2.906	392.684	135
Salerno ... ..	4.944	584.313	118
	13.556	3.243.739	

(Densidad media, 239 por kilómetro cuadrado.)

La desigual densidad que se observa entre las cuatro provincias es debida a la naturaleza diversa del suelo de cada una de ellas, que trae por consecuencia la diferencia, a veces grande, en su fertilidad, a la mayor o menor abundancia de obras de riego, y hasta al paso de la historia española, pues la zona litoral des-empañó bajo el dominio hispano un papel más preponderante, sobre todo la situada alrededor del golfo de Nápoles.

El aumento de población, a diferencia de otras regiones italianas, ha sido caso desde los años de la dominación española (excepto en la ciudad de Nápoles), hecho debido, sobre todo, a que ya bajo la administración hispana estas provincias casi alcanzaron el máximo tolerable de población, y también por el progresivo agotamiento de la zona montañosa.

(8) La densidad de población de Italia es de 135 habitantes por kilómetro cuadrado. Liguria con 264 por kilómetro cuadrado; la Campaña, con 260, y Lombardia, con 235, son las regiones en que aquélla es mayor, debido a la riqueza y fertilidad de los suelos.

## X. LA GEOGRAFIA URBANA DE LA CAMPANIA Y SUS HUELLAS HISPANAS

La masa de población, superior a los tres millones de habitantes, que puebla la Campania habita un tipo especial de viviendas, cuyo material preferido de construcción ha sido, desde hace siglos, y como en la actualidad, la piedra, empleada lo mismo en las habitaciones rurales que en los grandes palacios y obras arquitectónicas. Y al empleo de esta piedra débese la duración y persistencia de los viejos monumentos, que pregonan por todas partes la huella española en la tierra napolitana: casas, castillos, palacios, fuentes, vías de comunicación, puentes, obras de riego, etc.; todo ello fué construido de piedra, material resistente que los siglos no han logrado destruir, y que es el que hoy muestra los vestigios y recuerdos del amoroso paso de la raza española por el sur de Italia, región a la que sembró con las muestras más exquisitas del ingenio y del trabajo hispano.

Como en toda la zona mediterránea, lo que mejor pregona la unión de la historia con la geografía en la Campania son las ciudades, fundadas en su mayoría en tiempos muy lejanos, cuando los pueblos clásicos, al alcanzar un grado elevado de civilización, establecieron aglomeraciones humanas, en íntimo contacto bien con las tierras fértiles de los campos, al abrigo de las colinas o bajo la protección de espléndidas bahías; y todas ellas levantadas con un móvil económico o militar, pues como nosotros hemos escrito en otro lugar, «desde que el hombre se unió con sus semejantes para constituir tribus o poblados, fué empujado por alguna finalidad. Y así, las ciudades antiguas fueron construidas en determinados lugares, persiguiendo con ello móviles estratégicos, políticos, económicos, etc.» (9).

Ciudades y pueblos, hoy reservados en la tierra napolitana a la curiosidad histórica, tuvieron en siglos pasados una finalidad importantísima en relación con las tierras en las que se hallaban enclavados. Centros de población que muchas veces han tenido que luchar contra el medio geográfico adverso, siendo típico el caso de las aldeas colocadas en las zonas fertilísimas que rodean al Vesubio, «que, destruidas por las erupciones, renacen de nuevo entre las escorias y cenizas» (10).

Nápoles, antigua capital del reino de las Dos Sicilias, ciudad rica y comercial, con cerca del millón de habitantes, es el puerto principal de la Campania y de la Italia meridional; sobre ella parece que la Naturaleza ha derramado todos sus dones, pues el panorama que ofrece la ciudad y su golfo, con el Vesubio al fondo, es de una belleza excepcional; por ello, los alrededores del golfo de Nápoles gozan, con razón, fama de ser una de las zonas más encantadoras de la tierra, colorido aumentado por los contrafuertes montañosos que avanzan hacia el mar, hundiéndose en rápidas vertientes. Toda la zona de la ciudad, salpicada de restos de cientos de templos, constituye una región mitológica, en donde los poblados sucesivos que bordean la península de Sorrento se asoman al golfo de Nápoles, circundado por las islas de Capri y de Ischia, cuyo conjunto forma un paisaje impresionante, aumentado por la suave luminosidad y los colores violentos. Todas estas bellezas naturales, acumuladas en unos pocos kilómetros, la poesía ha sabido apreciarlas como una de las fuentes más abundantes de la imaginación; y fueron las que movieron a Lamartine, en su «Graziella», a tributarle los máximos elogios, y los que han consagrado la frase, tan popularizada en el mundo, que proclama que «hay que ver Nápoles y después morir» (11).

(9) I. Escagües de Javierre: «La ciudad romana de Clarino». Publicaciones de la R. S. Geográfica de Madrid, serie R, núm. 187, Madrid, 1946, Pág. 5.

(10) O. Ribeiro: Ob. cit., pág. 37.

(11) Nápoles es la antigua Partenope, llamada así de una de las sirenas que intentaron en vano atraer al prudente Ulises con su voz seductora; esta sirena fué a cambiar su vergüenza a los bordes del mar Tirreno, donde murió; y el primer fundador de Nápoles encontró su tumba y dió su nombre a la ciudad.

En las faldas del Vesubio se hallan numerosas villas populosas, repletas de hermosos edificios y casas de campo, entre cuyos jardines y huertas asoman las huellas de viejas poblaciones que sonaron bajo la dominación española; y las habitaciones humanas se hallan desperdigadas en medio de volcanes extinguidos, de fuentes termales y de solfataras. Castellamare, Sorrento, Torre del Greco y Puzzuoli son los centros de población más importantes en estos puntos.

Las cercanías de Nápoles ofrecen una multitud de ruinas, célebres por sus recuerdos históricos. Y así, hacia el cabo Miseno, existe una campiña cubierta actualmente de numerosos restos de ciudades y templos, campiña representada en las viejas tradiciones como la entrada de los infiernos. Y también en la misma dirección, al oeste de Nápoles, hállase sucesivamente el monte Polisipo, precedido en uno y otro extremo por un camino subterráneo de una antigüedad muy remota, que parece haber sido abierto para abreviar el camino de Nápoles a Puzzuoli, evitando el paso sobre la montaña. Más adelante hallamos la célebre Gruta del Perro y la antigua ruta o Vía Campania. Los romanos elevaron allí gran número de edificios públicos y casas de campo; y pueden admirarse las huellas del antiguo anfiteatro llamado Coliseo, tan grande como el de Roma, y los restos de un palacio de Julio César y de los templos de Mercurio, Diana y Venus.

Al este de Nápoles, a lo largo del golfo hasta el cabo Campanella, el país está lleno de monumentos que nos hablan de la historia de España. Una hermosa calzada de lava conduce a la pequeña ciudad de Portici, cerca del Vesubio. A Resina, villa inmediata, es necesario ir para visitar la antigua Herculano, sumergida bajo una capa de lava.

Mas, como dice Vidal de la Blache (12), la Campania no se reduce a Nápoles y a sus alrededores, ni a las viñas o naranjos que ciñen al Vesubio. Su característica esencial geográfica es el arco de círculo interior que diseñan las cadenas calcáreas, bruscamente interrumpidas en la orla de la planicie. Y en la falda de esas cadenas acumúlense aldeas y pueblos, que pueden contarse entre los más típicos del mundo mediterráneo.

Salerno se encuentra sobre un golfo encantador, donde se asienta también Amalfi, gran ciudad marinera del viejo comercio medieval catalano-napolitano. Avellino y Benevento son ciudades del interior, así como Caserta y la antiquísima Capua, nombres históricos todos ellos, a los que es preciso añadir los de las poblaciones de Agrópoli, Eboli, Aversa, Maddaloni, etc., de tanta sonoridad en diversos episodios de la común historia hispano-italiana de los siglos pasados, así como otros centros de población, en donde, por cualquier calle estrecha de los barrios populares, aparecen súbitamente a los ojos del visitante nostálgicos recuerdos españoles.

## XI. LA HUELLA DE ESPAÑA EN EL PAISAJE ECONOMICO DE LA TIERRA NAPOLITANA

Escribió Platón en sus «Leyes» que «no es el país el que se enseñoorea de su pueblo, sino que es el pueblo el que se enseñoorea del país». Y de la constancia de este aserto podríamos citar como ejemplo típico la región italiana que acabamos de describir. Después de domesticar a las plantas y a los animales y de poner a su servicio las fuerzas de estos últimos, el viejo napolitano emprendió la colonización de su suelo. Mas para que el progreso se realizase, no bastaron con aquellos factores materiales. Fué precisa también una intensa intervención del habitante de la Campania. El hombre, «el mayor de todos los valores económicos», como escribió Semjonow (13), desde tiempos remotos se aplicó afanosamente al

(12) Vidal de la Blache: «Principes de Geographie humaine», Paris, 1924, Cap. V.

(13) L. Semjonow: «Las riquezas de la tierra», Barcelona, 1942, Pág. 537.

trabajo en los campos de esta región, a los que poco a poco fué transformando. Y con su energía y constancia indomable, a la par que labró su posición económica desahogada, convirtió a la tierra napolitana en un inmenso vergel. El bienestar que esta tierra disfruta ha sido debido, sobre todo, al esfuerzo y trabajo de sus moradores, trabajo humano creador y modificador que ha hecho real en estas zonas una expresión de Brunhes (14), que escribió que el esfuerzo humano puede elaborar una geografía capaz de envolver, dominar y hasta contradecir a la propia geografía física. Por ello, insensiblemente, contemplamos en este pequeño mundo paisajes impregnados, como en el Mediterráneo español, de civilización, de trabajo y de esfuerzos ininterrumpidos, rasgos que hacen aún mayor la semejanza de la Campania con nuestro Levante, y del cual nosotros hemos escrito algunas frases que cuadran perfectamente con toda la región napolitana: «Sin el trabajo del hombre, el Levante español sería un desierto arenoso y estéril, limitado por el mar y las montañas; pero el esfuerzo continuado, desde hace muchas generaciones, ha convertido a todas estas tierras en vergeles, jardines y huertas maravillosas, conquistando al medio mesetas estériles, planicies secas y baldíos pedregosos, zonas hoy cubiertas de espléndidas huertas...» (15). De este modo ha surgido en la vieja tierra napolitana una geografía económica nueva, rematando así el hombre, en esta región, la creación natural y primitiva.

Pero la economía napolitana, como la del resto de la tierra, no ha sido obra exclusiva del hombre de la región que la habita. Han contribuido también a crearla hombres de otras partes del mundo; y al intensificarse las relaciones con diversas razas, en tiempos de paz o por obra de las guerras, los habitantes del reino napolitano pusieron en contacto con los españoles, formándose entonces un paisaje económico cuyas huellas son visibles en la región y que es el que constituye el pilar más firme en el que se ha asentado la vida napolitana moderna, que hoy aparece en Italia como una de sus tierras privilegiadas, dotada de hermosos centros urbanos, en los que los medios de comunicación proporcionados por la técnica moderna circulan constantemente por calles con sonoros nombres españoles, a la sombra de monumentos y edificios y entre campos cultivados que pregonan a todos los vientos la gloria inmortal de España.

## Huella de España en la Geografía económica de Sicilia

Escribió Kirchhoff (1) que «las tierras son siempre lo que sus pueblos hacen de ellas. El aspecto de aquéllas denuncia, infaliblemente, el grado de actividad de éstos». Esta frase célebre halla su confirmación en abundantes lugares; y, como prueba de ello, vamos a continuación a ocuparnos de un trozo minúsculo de la superficie terrestre, en el que se aprecia claramente la gran actividad de los habitantes que lo pueblan, que desde tiempos lejanos emprendieron una tarea, creciente con el transcurso de los siglos, encaminada a adaptar los recursos económicos a la satisfacción de sus necesidades. Y esta tierra es Sicilia, la rica isla considerada dentro del Estado italiano, al que pertenece, como uno de sus más preciados florones.

(14) J. Brunhes: «Geographie humaine de la France». Vol. I, pág. 486.

(15) I. Escagües de Javierre: «Curso de Geografía de España». Vitoria, 1949. Páginas 112 y 113.

(1) Kirchhoff: «Mensch und Erde».

En el paisaje económico de Sicilia, el influjo de los españoles, sus antiguos dominadores, es patente en la actualidad. Las afinidades existentes entre las facetas agrarias del Levante español y las de este trozo del suelo italiano prueban hoy el viejo influjo hispano sobre la isla mediterránea: los métodos de cultivo de la zona valenciana, la vida rural, las especies vegetales y hasta nuestras formas del poblamiento levantino hallan su réplica en Sicilia, motivo por el cual nosotros nos vamos a ocupar a continuación, como muestra de que los espléndidos paisajes forjados por los españoles en los campos del Nuevo Mundo, fueron también creados en algunas zonas del Viejo Continente.

## I. EL PAISAJE NATURAL DE SICILIA

El territorio italiano, uno de los más modernos del Globo, se formó en la era terciaria, en la que se levantaron las cadenas alpinas y los Apeninos. Como prolongación natural de éstos, al sur de la península se halla la isla de Sicilia, surgida también simultáneamente a las cordilleras anteriores en su mayor parte (2). Es la mayor del Mediterráneo, contando con una superficie superior a los 28.000 kilómetros cuadrados, dividiendo, por su situación geográfica, en dos partes casi iguales al viejo «Mare Nostrum»; su posición le asemeja a un puente de paso entre Europa y Africa, situación que explica muchos de los acontecimientos históricos que se han desarrollado en su suelo.

La forma de Sicilia es típicamente triangular, poseyendo en sus vértices tres cabos; y, por ello, ya los clásicos la representaban como un monstruo con tres piernas. De esta característica proviene el nombre de «Trinacria» (la triangular), con que se le denomina en griego, y también el apelativo de «Isla de las tres puntas» con que se le conoce en la actualidad.

La posición geográfica ha dado a la isla numerosas ventajas políticas y económicas: «Tierra fecunda que domina los estrechos entre el este y el oeste del Mediterráneo. Sicilia atrajo siempre las ambiciones; desde principios de la historia estuvo sometida a amos procedentes de todos los puntos del horizonte, antes de fundirse en la unidad italiana» (3). Por eso, la historia de esta tierra es una serie de dominaciones diversas, aunque todas ellas bajo el signo general de las luchas entre Europa y Africa, de las que después nos ocuparemos; consecuencia natural de su envidiable posición, que puede catalogarse entre las más privilegiadas del Globo.

El hecho característico del relieve siciliano es la presencia de numerosas montañas, sin más llanuras verdaderas que la de Catania, al pie del Etna, orografía complicada, que es una continuación de la de los Apeninos meridionales, de los que está separada por un estrecho de formación reciente, el de Mesina, cuya anchura es de tres kilómetros, utilizado por sus buenas condiciones para la navegación como ruta natural de contacto con la Península. Es, pues, este relieve el característico de todo el mundo mediterráneo, completamente diferente al monótono de la Europa Central, pues en Sicilia la montaña se vislumbra desde todos los rincones y algunas de ellas dominan incluso en toda la isla, cual es el caso del Etna, que con sus 3.263 metros de altitud, llega con su sombra, proyectada en la hora del amanecer, hasta el meridiano de Palermo.

Este relieve reciente tiene como correlativo la abundancia de erupciones volcánicas y movimientos sísmicos; los terremotos que asolan periódicamente a Sicilia,

(2) La isla de Sicilia en su mayor parte es de formación terciaria, salvo su zona NO., que es jurásica; gran parte de la faja oriental se halla ocupada por vastas tierras volcánicas.

(3) Vidal de la Blache y L. Gallois: «Geografía Universal». Tomo VIII. «Europa Mediterránea», por Jules Slon, Max Sorre e Y. Chataigneau. Barcelona, 1936, Pág. 237.

entre los que sobresalió el de 1908, que destruyó el 90 por 100 de la ciudad de Mesina, muestran que el suelo de la región es todavía poco estable. Y de esto tenemos también como ejemplo el litoral recortado (1.115 kilómetros), que ha hecho de la costa siciliana un foco de intensa actividad marinera desde lejanos tiempos de su historia (4).

Sicilia se distingue por un clima ideal, que anuncia el de Africa (5), siendo mucho más suave incluso que el privilegiado clima napolitano, como se ve por los siguientes datos comparativos:

Nápoles: Enero, 8,2 grados; julio, 24,3 grados; lluvias, 330 milímetros.

Palermo: Enero, 11 grados; julio, 25,4 grados; lluvias, 576 milímetros.

La dulzura de los inviernos y los calores veraniegos, unidos a unas precipitaciones medias, han dado a la vegetación un carácter africano, casi tropical, en la que abundan la palmera datilera, la caña de azúcar, el algodón, etc., especies en su mayoría introducidas por los árabes y españoles en la isla durante la Edad Media. Con una vitalidad increíble, estas y otras plantas multiplicáronse prodigiosamente, ocupando grandes extensiones, arrinconando primero y haciendo desaparecer después a la vegetación originaria.

## II. LAS DOS SICILIAS

Dos grandes islas posee Italia, que en todas las Geografías son presentadas como ejemplos típicos de la pobreza o de la riqueza que pueden ofrecer las tierras insulares: la primera es Cerdeña, región de un nivel económico bajísimo, mientras que la segunda, Sicilia, ofrece el tipo del país mediterráneo rico, celebrado ya desde la antigüedad por su prodigiosa fertilidad.

Mas no todo el suelo siciliano es el inmenso jardín en el que «se desarrollaron los idilios siracusanos», sino que, al lado de una zona de vegetación lujuriente y de rica actividad humana, se encuentra otra, casi desprovista de vegetación, austera, pelada y con una vida mucho más arcaica. Es por ello por lo que nosotros hablamos aquí de las dos Sicilias. En la más pobre de las dos, desde hace algunos años se han emprendido los «bonifica» (trabajos de desecación, encauzamiento, puesta en cultivo, etc.), encaminados a transformar su medio geográfico hostil, poniéndolo en condiciones de ser explotado más intensa y beneficiosamente, y los halagüeños resultados obtenidos hasta la fecha hacen presumir que el siciliano, en fecha no remota, logrará rendimientos de la parte más ingrata de su suelo.

La mayor parte del interior de la isla y toda la zona litoral del sur, es decir, la que mira hacia Africa, ofrece el tipo de una región pobre, mientras que el resto de sus zonas costeras, o sea los otros tres lados, es la que en la realidad ha dado a Sicilia la fama que hoy disfruta entre las tierras más fecundas del mundo: contraste entre una y otra, cuya razón hay que buscarla en el clima, mucho más lluvioso en la segunda que en la primera, y en la mejor posición en que aquella se encuentra respecto a las viejas rutas que atravesaban el estrecho de Mesina, lo que hizo que fuese más pronto habitada y colonizada y por ello se convirtió en el punto en donde primeramente surgieron las más prósperas ciudades. Y para justificar esta disparidad económica ha habido también una razón de tipo social, pues frente al fraccionamiento de la propiedad de las zonas ricas, en las pobres aparecen

(4) Además del Etna, otros volcanes jalonan estas tierras, entre los que es preciso destacar los situados en algunas pequeñas islas de sus proximidades: Stromboli, en actividad, en Lipari; Pantelleria, etc. En el estrecho de Mesina han surgido volcanes submarinos intermitentes (Julia-Ferdinanda, Cesárea, etc.).

(5) Del clima siciliano se ha dicho que es el mejor de Europa, compitiendo con el de la Costa del Sol, en Portugal; con el de Málaga, en España, y con el de la Costa Azul. La temperatura media anual es de 18 grados.

gran número de latifundios, dedicados en su mayoría a los cultivos pobres o a tierras de pastos.

Mas esta tierra interior, de vegetación inferior, es, sin embargo, rica en un producto que ha dado celebridad a la isla desde la antigüedad: el azufre, cuyo monopolio mundial detentó Italia durante muchos años merced a estos yacimientos, en los que las reservas están calculadas en más de 30 millones de toneladas.

### III. LA VIDA AGRARIA Y SUS SEMEJANZAS CON LA DEL LEVANTE ESPAÑOL

«Sobre la diversidad y el localismo es legítimo hablar de la civilización agraria mediterránea como de una cosa uniforme y común a toda la cuenca del mar interior» (6), afirmación que está notablemente destacada en la vida siciliana, cuyos rasgos dominantes tantas analogías ofrecen con los de aquellas regiones que pertenecen a este mar. Los cultivos, las prácticas agrícolas, los instrumentos utilizados, los animales de trabajo y las plantas cultivadas ofrecen una gran semejanza con los de otras tierras del extenso litoral del «Mare Nostrum»; y hemos de destacar que un observador apreciaría fácilmente la sorprendente similitud que ofrece esa vida agraria con la del Levante español, pues como en las provincias mediterráneas de España, allí han surgido espléndidas huertas y frutales, cultivadas de la forma más refinada y con prácticas parecidas a las de Valencia, Murcia o Baleares, lo cual se explica por el paso de la dominación española en la isla, prolongada durante cinco siglos.

En el litoral septentrional y oriental, la vid ha encontrado excelentes condiciones para su desarrollo (7), lo mismo que el limonero, naranjo, algarrobo, olivo y almendro. La palmera datilera, de la que se ha dicho que para desarrollarse debe tener «el pie en el agua y la cabeza en el fuego», ofrece, juntamente con la zona de Elche, en España, las dos áreas en que se cultiva, más extensas de Europa, especie que, además de dar mayor carácter africano al paisaje, hace aun mayores las semejanzas entre ambas regiones mediterráneas, entre la valenciana y la siciliana.

Es con los frutos ácidos con los que Sicilia cubre enormes extensiones de su suelo, plantas delicadas que precisan tierras ricas, abonadas y húmedas, lo que explica la vieja práctica del riego, para el que se utilizan desde los procedimientos tradicionales hasta las obras más modernas de ingeniería. El cultivo de estos árboles realizase conjuntamente con el de otras especies vegetales desperdigadas entre sus troncos, obteniéndose así una gran variedad en las cosechas, que aumenta la rica economía isleña, completada con la explotación de los renombrados trigos duros, con la cría de ganados y con los rendimientos de la pesca, principalmente de esponjas y corales (8). Conjunto de recursos, algunos de ellos ya muy importantes en la antigüedad, que sirvieron para dar a la isla el apelativo de «despensa de Roma» con el que se le denominó por los clásicos.

La alta densidad de la población ha sido causante, junto con las condiciones geográficas, del minucioso aprovechamiento de la isla y de la variedad de los cultivos, pues las crecientes necesidades obligaron a alargar las áreas productivas y a difundir la policultura y el regadío. Vemos, pues, aquí un ejemplo clásico de las

(6) Orlando Ribeiro: «Portugal: O Mediterrâneo e o Atlântico», Lisboa, 1945. Página 19.

(7) Las vides de Sicilia dan vinos de reputación universal, como son los de Marsala (blanco y seco), Zucco, moscatel de Siracusa, vinos rojos de Mascoll, Milazzo y Taormina etc.

(8) La actividad industrial de Sicilia es insignificante, reduciéndose a algunas fábricas de productos químicos, que utilizan el azufre como materia prima; varios talleres dedicados a la transformación de las lanas y sedas, esencia de flores, refinerías de caña de azúcar, etc.

mutuas relaciones entre la Tierra y el Hombre; aquélla, con su feracidad, permitió el establecimiento de una abundante población, y éste, al crecer y precisar de nuevos recursos, no bastándole la «válvula de escape» de la emigración, se dedicó a explotar más intensamente el suelo para atender las nuevas necesidades creadas por el excedente de su población.

#### IV. LA TRANSFORMACION DEL PAISAJE ECONOMICO DE SICILIA

Sicilia ha tenido siempre un destino trágico de país de tránsito y choque entre civilizaciones opuestas a causa de su situación geográfica. Desde el siglo xv antes de Jesucristo, los indígenas sículos tuvieron relaciones con otros pueblos mediterráneos, pero la isla nace a la vida política con todos los honores en el siglo viii antes de Cristo con el establecimiento de colonias griegas de tipo comercial, en sus costas oriental y meridional. Ya en aquellos tiempos, como ahora, mandaba la geografía del tráfico en el destino de la isla, magnífico punto de escala para la incipiente navegación de entonces, que buscaba siempre frecuentes puntos de apoyo en los viajes de oriente a occidente o viceversa. Era esta isla la que ofrecía un seguro fondeadero cuando llegaba la noche, cuando se levantaba una tempestad inesperada o cuando las «Pléyades» se aproximaban del Poniente. Y entre sus puertos destacó ya entonces el de Siracusa, «ciudad que por sí misma es tan importante como Atenas», en el decir de Tucídides.

Fué entonces cuando Sicilia comenzó a adquirir reputación por sus producciones. Una isla tan pequeña, de la que se decía que podía dársele la vuelta en sólo siete días, comenzó en breve a producir trigo en tan grandes cantidades, que éste era exportado a Roma, a pesar de que, como ahora, solamente eran cultivadas las regiones mejores. Y su fertilidad ya fué apreciada y alabada por Píndaro, que la llama en su primera Olímpica «Sicilia fecunda». Fecunda y rica no solamente por la productividad de las tierras y opulencia de sus ciudades, sino también porque el comercio y la industria adquirieron un auge gigantesco, lo que motivó la atracción de habitantes de otros países, a la que se refiere Píndaro cuando dice:

«Y conduzcamos nuestro cortejo para la ciudad nueva del Etna, donde las puertas cedan enteramente ante el aflujo de los extranjeros..., a los que sus casas están acostumbrados a acoger sin cesar...» (9).

Está fuera de duda que en los tiempos de la dominación griega Sicilia contribuyó en el mundo no sólo con su riqueza agrícola, sobre todo en vino y trigo, sino también por el desarrollo comercial e industrial, encaminando hacia el Oriente aquellos productos que solamente existían en el occidente mediterráneo. Pero más adelante, las luchas entre Roma y Cartago destruyeron parte de aquellas fuentes de riqueza, pasando entonces el poder económico a Roma, que por él se convirtió, junto con su potencia militar, en el centro del mundo.

En las luchas entre romanos y cartagineses triunfó Europa sobre Africa, y con esa victoria la isla quedó en manos del Viejo Mundo, aunque su esplendor económico durante estos siglos posteriores fué bastante menor que en los tiempos anteriores a Cristo. Pero en el año 440, Sicilia cayó en manos de los vándalos, perteneciendo luego a los ostrogodos, si bien el Imperio bizantino la poseyó durante tres siglos, dominaciones sucesivas que tampoco devolvieron a Sicilia la privilegiada prosperidad que había disfrutado.

(9) Píndaro: I Nemela, II; y IX Nemela, I.

## V. EL INFLUJO HISPANOARABE EN LA GEOGRAFIA ECONOMICA SICILIANA

Fué en el año 826 cuando Africa se adueñó de la isla por obra de los árabes, que en menos de cien años ocuparon todos los rincones, reinando en ella, afortunadamente, una serie de dinastías musulmanas, que devolvieron a Sicilia todo su viejo esplendor y sentaron las bases de una intensa transformación agrícola, sobre la que, en siglos posteriores, juntamente con la obra de España, se había de asentar la grandeza económica de la Sicilia moderna.

Los musulmanes llevaron a Sicilia nuevos cultivos (algodón, caña de azúcar, arroz, etc.) procedentes de zonas más calientes, favorecidos por los métodos más nuevos que entonces comenzaron a emplearse en la irrigación. Y como los árabes se establecieron también en otras zonas de clima parecido al siciliano, como en el este de España, fué entonces cuando en nuestro Levante comenzó simultáneamente con la de Sicilia la gran obra de transformación del medio agrícola, siguiendo en ambos puntos un plan parecido, que pudo aplicarse por la semejanza geográfica, lo que explica la identidad humana y agrícola de ambas regiones, cuyas pequeñas diferencias fueron borradas por la gran obra colonizadora realizada por los soberanos españoles y a la que más adelante nos referiremos.

No puede regatearse a los árabes el mérito de haber sido los transformadores de las dos regiones (Sicilia y Levante español), por haber sabido resolver en ambas el problema del riego. Como dice Vidal de la Blache (10), «Sicilia ofrecióles, en primer lugar, un campo maravilloso de experiencias, lo que provocó un aflujo de gente que trajo emigrantes de Liguria y del norte de Italia, hasta el punto de que la Conca D'Oro de Palermo tenía una población que podemos computar no inferior a la de hoy», y las vegas y huertas españolas del Mediterráneo mudáronse a la manera siciliana haciendo de ambos puntos una sola tierra, aunque ambas estuviesen separadas por un ancho mar.

Es por ello por lo que se ha dicho «que los árabes inyectaron una vida nueva a este país» (11), que fué completada por la posterior obra de nuestra Patria.

Europa se hizo posteriormente dueña de la isla por obra, principalmente, de los caballeros normandos Roger y Roberto, que crearon una corte floreciente, bajo la cual la isla llevó una intensa vida económica, continuada por los reyes de Aragón, que, tras su establecimiento en la isla en 1282, la transmitieron a sus sucesores durante casi cinco siglos, convirtiéndola en punto de apoyo de la lucha entablada entre la cristiandad hispánica y el Islam turco, no desapareciendo de ella la tutela española hasta 1713 con la paz de Utrecht. Veinte años después se instaló en Nápoles y Sicilia (reino de las Dos Sicilias) una dinastía borbónica, cuyo primer rey había de ser nuestro Carlos III. Y continuó siendo tan grato el recuerdo dejado por nuestra raza, gran impulsora de la prosperidad siciliana, que una de las insurrecciones liberales de la isla a principios del XIX proclamó como Constitución del reino, al pie de la letra, la Constitución española aprobada en las Cortes de Cádiz.

Hemos visto las inseparables relaciones que han tenido la Historia y la Geografía en el espacio siciliano. Por su suelo han pasado ideas, pueblos y civilizaciones diferentes, pero de todas ellas, la isla únicamente conserva hoy rasgos vivos de las tres dominaciones principales, que fueron las que mayores frutos y prosperidades proporcionaron a la isla: la árabe, la normanda y la española, cuyo influjo, en donde aparece con huella más marcada, es en su actual geografía económica, que descansa en aquella serie de productos, de modos de trabajo y de métodos de cultivo llevados allí por sus antiguos señores. Sicilia debe hoy mucho a los pueblos

(10) Vidal de la Blache: «Principes de Geographie Humaine». París, 1921. Cap. VI.

(11) Gordon East: «Geographie historique de l'Europe». Cap. XIV. La Sicile. Página 257

de Oriente; pero fué el Occidente, por medio de España, la que le puso en condiciones de aprovechar comercialmente sus riquezas, con las que mantuvo un activo intercambio con nuestra Península y especialmente con Cataluña, región que importaba las riquezas naturales de Sicilia, la cual, a su vez, recibía los tejidos, hierros y cueros que caracterizaron a la industria catalana del medievo (12).

## VI. LA POBLACION Y SU DISTRIBUCION

Aunque Sicilia no es mucho más extensa que la provincia española de Badajoz, su población es siete veces mayor, pues pasa de los cuatro millones de habitantes, con una densidad de 152 por kilómetro cuadrado, una de las más altas del mundo, muy desigualmente repartida, en armonía con la diferente riqueza de las regiones, pues las zonas del sur, las más pobres, en muchos puntos no alcanzan los 50. Mas en las tierras que rodean al Etna, a causa de la extraordinaria feracidad del suelo volcánico, la densidad alcanza la cifra sorprendente de 1.200 habitantes por kilómetro cuadrado (13). Hoy, pues, como en tiempos de los árabes, la gran densidad es la característica de la isla, que ya en la época de la conquista normanda (1072) se calculaba en 105 por kilómetro cuadrado.

La emigración, consecuencia de la presión demográfica y de la falta de desarrollo industrial, es muy grande, hasta el punto de que en 1913 Sicilia tuvo cerca de 150.000 emigrantes, entre un total de 870.000 que se expatriaron en toda Italia. Sicilia, después de haber convertido muchas de sus zonas en un gigantesco jardín, envía al mundo millares de sus hijos para difundir por la Tierra sus excelentes prácticas agrícolas, tan fecundas, que las masas de emigrantes, establecidas principalmente en Estados Unidos y Túnez, han creado en algunas zonas americanas y africanas verdaderos oasis agrícolas, que llevan el sello indeleble de la patria primitiva de sus cultivadores (14).

La abundancia de bahías abrigadas ha favorecido el desarrollo de las mejores ciudades en la zona litoral, en la que radican las grandes urbes sicilianas de Palermo, Mesina y Catania. En éstas, como en el resto de las aglomeraciones urbanas de la isla, se conservan todavía los rasgos de las dominaciones principales que hemos indicado anteriormente, entre las que destacan las huellas españolas; sus ciudades abundan en monumentos de estilo oriental, enlazados con el románico y el gótico de los caballeros septentrionales, y el neoclásico y el barroco de la España imperial, estilos los hispanos que, quizá por ser los más recientes, aparecen por todos los rincones de Sicilia en perfecto estado de conservación y que se ven retratados en numerosos puertos, templos, palacios, castillos, etc., desperdigados por toda la isla, que tan decisivo papel desempeñó en los rumbos que tomó la Historia del mundo mediterráneo.

(12) Para conocer más datos sobre el desarrollo del comercio medieval catalán en el mundo del Mediterráneo, y sus contactos económicos con las tierras bañadas por este mar, véase mi trabajo «La estructura económica de Cataluña y sus fundamentos geográficos».

(13) G. Grehm; «Geografía de Italia». Barcelona 1928. Pág. 69.

(14) La emigración es una necesidad vital, no sólo de Sicilia, sino también del resto de Italia, por el exceso de mano de obra y la abundancia de parados, pues según datos oficiales, en 1949, de un total de 45 millones de italianos, más de dos millones carecían de trabajo, es decir, el 10 por 100 de la población activa.

Esta falta de ocupaciones en Sicilia y en el resto de Italia es debida no solamente a causas orgánicas (crecimiento de la población y no crecimiento proporcional de los recursos) sino también a otros que podríamos llamar geográficos; únicamente el 21 por 100 del suelo italiano es fértil, mientras que éste ocupa el 56 por 100 en Alemania, el 54 por 100 en Francia y el 48 por 100 en Inglaterra. Debido a ello, desde 1898 a 1940, según cálculos oficiales, más de diez millones de italianos se expatriaron por todo el mundo, principalmente hacia Sudamérica y Norte de África.

## VII. SICILIA Y ESPAÑA

El «Mezzogiorno» o mediodía italiano coincide con el antiguo virreinato español de las Dos Sicilias, esto es, Nápoles, Cerdeña y Sicilia, tierras que corresponden hoy con las de Calabria, Lucania, Apulia, Campania, los Abruzzos, Molise y con las dos islas citadas.

La huella material y cultural de España es patente en todo el «Mezzogiorno» y, por tanto, también aparece con rasgos acusados en Sicilia, país de elevada densidad de población y de una refinada técnica agrícola, sobre la que reposa toda su economía, asentada hoy en la explotación de unos suelos tan delicadamente cuidados por España.

Debido a esta vieja presencia hispana, gratamente recordada en la Sicilia actual, nuestra Patria ha vuelto en la isla a hacer cultura, recogiendo la historia por donde ésta puede enlazarse siempre: por la tradición. Conquistar no es imponerse por el hierro y la espada; es también (y aún únicamente) ganar una presencia, que se puede conseguir amorosamente, como ha hecho España en Sicilia: edificando gloriosos monumentos, dejando unos modos de vida y poniendo en explotación unos campos con los que han surgido diversos paisajes geográficos, que en todas las épocas del año se doran con unos frutos y luces que pregonan el trabajo, la tutela y los cuidados de la imperial y fecunda España.

# Historia y rasgos geopolíticos y diplomáticos de la dominación española en el Milanesado

## I. LA HUELLA DE ESPAÑA EN ITALIA

Italia, la vieja y gloriosa nación, forma uno de los Estados europeos mejor definidos, constituyendo una gran región geográfica, cuyos límites naturales fueron ya percibidos por Petrarca en aquellos versos en los que la llama

*«... il bel paese  
che Apennin parte  
ir mar circonda e l'Alpe...»*

territorio repleto de bellezas naturales y artísticas, que queda grabado en la mente del español que lo visita, causándole la impresión de hallarse en un rincón de la propia España.

La atención y el cariño con que España ha mirado las cosas italianas no ha nacido en la actualidad. La vieja tierra de los Apeninos y del Po, desde hace muchos siglos despertó la admiración y curiosidad de nuestra Patria. Y como contrapartida de los tiempos de la antigüedad en que Roma llevó a Iberia su vida y civilización, España en la Edad Media y en los comienzos de la Moderna se estableció con su civilización y con sus soldados, diplomáticos y gobernantes en gran parte de las tierras italianas, en las que permaneció durante mucho tiempo, de-

jando como rastro de su presencia unas huellas, que por ser eminentemente artísticas y espirituales, perduran en la actualidad y son las que mejor proclaman en aquella península el papel civilizador desempeñado por España dentro del cuadro general de la Historia universal.

Sicilia, Nápoles, el Milanesado, Cerdeña, Génova, Mantua, etc., son nombres de regiones italianas familiares en la historia española; y entre todos ellos, los tres primeros son los que despiertan más recuerdos y nostalgias patrióticas a cuantos españoles pisan el suelo italiano, porque en esas zonas existen tantas afinidades y recuerdos hispanos, que en ocasiones, una huerta siciliana nos hace suponer que nos hallamos en Valencia o Baleares, como una calle napolitana nos trae a la mente la impresión de muchas vías clásicas españolas o un monumento de Milán el recuerdo de los estilos arquitectónicos de la España Imperial.

Llevados de nuestra afición a los temas hispanoitalianos, como se habrá visto, nos hemos ocupado de la vieja presencia y supervivencia actual hispana en Nápoles (1) y en Sicilia (2), y de los contactos económicos italo-catalanes durante el medievo (3), y con el deseo de recordar algunas facetas de la misión cultural hispana en Italia, a veces olvidada o malévolamente desfigurada, a continuación vamos a ocuparnos brevemente del paso de España por el Milanesado, exponiendo una breve reseña histórica de nuestra dominación sobre esta tierra, en la que hoy todavía perduran abundantes huellas vivas y patentes de la vieja misión civilizadora de España.

## II. LA VIEJA IMPORTANCIA POLÍTICA Y ECONOMICA DEL MILANESADO

Más de 50.000 kilómetros cuadrados ocupa la inmensa llanura del Po, territorio con suaves ondulaciones, encuadrado por montañas, que han sido las causantes de que, a pesar de su proximidad al mar, tenga características continentales en su clima, flora y cultivos.

En los tiempos medievales, sus relaciones con el mundo tuvieron un marcado carácter marítimo debido a la mayor proximidad del Adriático, suavemente invadido por los aluviones del río Po, que lenta, pero continuamente, fué formando lagunas y marismas en su curso final, que dificultaron su acceso al mar libre. Y estas circunstancias naturales, únicas a otras de orden político y estratégico, trasladaron el centro de gravedad de parte de Italia, desde Venecia a Lombardia, lugar en el que, con más exactitud que en el oriente del valle del Po, radica una de las zonas de tránsito más importantes de Europa, pues las rutas que en el viejo mundo van del Norte al Sur a través de los Alpes y las que se dirigen de Oriente a Occidente, desde la llanura húngara al valle del Ródano, se cruzaban en el territorio lombardo, igual que en la actualidad. Los viejos caminos que comenzaron a trazarse en los siglos xv y xvi convergían en la llanura padana no sólo por razones económicas, sino también por otras diplomáticas y estratégicas, lo que explica muchos acontecimientos históricos y la larga pugna hispanofrancesa para dominar este territorio, a la cual después nos hemos de referir.

La importancia militar y comercial de Lombardia se hallaba ligada, como hoy, a su situación geográfica: en el punto medio de la llanura del Po, frente a la masa central del macizo aislador alpino, en el que, en una extensión de 280 kilómetros, la naturaleza abrió nueve pasos o «cols»: Stelvio, Resia, Maloia, Sempione, Lucomagno, San Gotardo, Bernina, San Bernardino y Spluga. La dirección

(1) I. Escagüés de Javierre: «Visión geográfica de la tierra napolitana: el medio y el hombre».

(2) I. Escagüés de Javierre: «Visión geográfica de Sicilia».

(3) I. Escagüés de Javierre: «La estructura económica de Cataluña y sus fundamentos geográficos». Boletín de la Real Sociedad Geográfica, Madrid, 1951.

de éstos converge hacia la planicie lombarda, y mejor aún, hacia Milán, que a su vez es punto de partida de varias rutas naturales que se dirigen hacia los mares Adriático y Ligúrico. Esto explica los caminos medievales y modernos que por aquí se trazaron y el que hoy Milán sea punto de convergencia de 15 ferrocarriles, algunos de ellos internacionales; viejas comunicaciones con las que la zona del Milanésado se convirtió en el corazón de la península.

En los tiempos actuales, las mismas razones históricas han dado a Lombardía una gran importancia comercial, que se ha convertido en la más poblada y rica de las provincias italianas por su potencialidad económica, manifestada por su espléndida agricultura, asentada en su amplia llanura fertilísima, admirablemente cultivada, y en un gran desarrollo industrial, para el que ha sabido aprovechar inteligentemente, por la falta de carbón, la hulla blanca de los próximos torrentes alpinos (4).

### III. EL GOBIERNO DE LOS VISCONTI Y DE LOS SFORZA EN EL MILANESADO MEDIEVAL

La zona de Lombardia antiguamente fué habitada por los galos, que fundaron en el siglo III (a. J. C.) la ciudad de «Mediolanum» (la Milán actual). Este territorio fué conquistado por los romanos, que lo incorporaron a su Imperio, desempeñando por su situación estratégica un papel preponderante para el dominio de las Galias y del que tenemos como restos las abundantes calzadas que surcaban el territorio lombardo (5). Al terminar la Edad Antigua, los bárbaros acabaron con el Imperio, apoderándose de toda la península.

Los bizantinos, que sostenían sus derechos sobre Italia como herederos del Imperio de Occidente, entraron en lucha con los bárbaros, y fruto de estas guerras fué la primera división de la península, en virtud de la cual los bizantinos dominaron las zonas costeras, mientras que los lombardos ocuparon la Padania, la Toscana y la Emilia.

En los comienzos del siglo X, los Estados que se habían formado en la península eran varios. Venecia se emancipó de Bizancio y los antiguos territorios lombardos fueron dominados por los francos, los cuales (como dice Natons), con Carlomagno, habían establecido el feudalismo, dando lugar a marquesados y ducados fuertes e independientes.

A causa de la crisis del Imperio y del Papado, las ciudades adquirieron cierta libertad, que facilitó su desarrollo y les dió carácter de feudatarias. Así aparecieron y se consolidaron los «comunis», de tanto influjo en la historia italiana; pero en los «comunis» surgieron luchas intestinas, que dieron nacimiento a las «señorías».

En diversas fechas de la Edad Media, en las principales villas lombardas, for-

(4) Llamamos la atención del lector sobre la semejanza existente entre las ciudades de Milán y Zaragoza, ambas en situación istmica, frente a dos masas montañosas; una que va de este a oeste (Alpes y Pirineos) y otra que se dirige de NO. a SE. (Apeninos y cordillera Ibérica), dotadas de clima continental (media anual de Milán, 13 grados; de Zaragoza 14 grados), con cultivos parecidos en la llanura que rodea a ambas capitales, que son también importante nudo de comunicaciones internacionales y, las dos, en creciente auge industrial. La mayor potencialidad económica y masa de población de la ciudad italiana ha sido debida no a la abundancia de minerales, de los que carece, como la provincia aragonesa, sino al inteligente aprovechamiento de los ríos alpinos, que han dado a Milán cantidades inagotables de energía eléctrica, en la que se ha basado su industrialización. El día en que la capital de Aragón utilice en gran escala las inmensas posibilidades que le ofrecen los ríos cercanos que nacen en el Pirineo podrá multiplicar, como ha hecho Milán, sus posibilidades económicas.

(5) Durante esta época florecieron algunas ciudades, que posteriormente adquirieron reputación histórica por ser la cuna de hombres ilustres, cual sucedió con Ostiglia, patria de Cornelio Nepote; Como, en donde nacieron Plinio el Viejo y Plinio el Joven; Mantua, lugar de origen de Virgilio; Trevisum (Pavía), etc.

máronse pequeñas repúblicas, en las que, en los tiempos de Federico II (1220), se formaron los bandos de los güelfos y gibelinos, siendo la mayor parte de las del Milanésado partidarias de los primeros. A favor de estas luchas, la región, lo mismo que el resto del norte de Italia, pasó a poder de determinadas familias, que en Lombardia fueron sucesivamente los Torriani, los Visconti y los Sforza.

El siglo xiv marca el fortalecimiento de los «señoríos» en Italia y de modo análogo al dominio de los Visconti en Milán, otras familias nobles gobernaban las principales ciudades lombardas y vénetas, mientras que en el sur de Italia, Alfonso de Aragón se apoderaba del reino de Nápoles, que abarcaba las tierras napolitanas, Cerdeña y Sicilia. Debido a esta política interior y a la intervención española, en la segunda mitad del xiv existían en Italia cinco grandes Estados: Florencia, Roma, Nápoles, Venecia y Milán, y alrededor de cada uno de éstos se agrupaban diversas «señorías», que practicaban una hábil política de equilibrio que les aseguraba la existencia.

En Lombardia, como en las otras tierras italianas, poco a poco las principales ciudades absorbieron a las demás, captación que en el Milanésado fué efectuada, principalmente, por los Visconti. La toma de Napo della Torre (11 enero 1277) inicia el crecimiento, del que hay una primera sanción oficial con el nombramiento de Mateo Visconti como Vicario oficial de toda Lombardia (1294), siendo su poder tan amplio que éste se extendía hasta once ciudades: Milán, Como, Bérgamo, Lodi, Cremona, Piacenza, Pavia, Novara, Tortona, Vercelli y Alessandria. Fué un período esplendoroso para esta región histórica de la Italia continental, entonces con tanto influjo en el resto de la península que, en la época de Dante (1265-1321), lombardo era sinónimo de italiano.

Las conquistas y engrandecimiento de Lombardia, efectuadas por Mateo Visconti, las prosiguió Luchino, que llegó a dominar en 18 ciudades, y, después, Giovanni, que amplió su poder a 22, forjándose así un pequeño Estado que fué consolidado por Azzone, cuando en 1329 rechazó los ataques de Ludovico el Bávvaro. El buen gobierno de Azzone mereció que, en 1330, el Consejo General le diese el título de «Dominus generalis», con la facultad «de hacer leyes y estatutos en nombre de la ciudad».

Simultáneamente, la vida económica adquirió un auge gigantesco; y así, la Lombardia, «complejo de fuerza económica viva en función de una mayor unidad geográfica, rompió las barreras del particularismo feudal y creó las bases de un gran Estado». El «señorío» siguió las directrices del comercio y se dirigió en su expansión hacia el mar y hacia el Sur. Génova fué ocupada en 1353 y perdida en 1356; Bolonia abrió la vía del Adriático, etc., etc.

Paralelamente al crecimiento territorial llegó, con los gobernadores sucesivos, un período de grandeza: potencialidad económica enorme, creación de centros de estudio, auge cultural, construcción de magníficos edificios e iglesias, etc.; desarrollo artístico del que han llegado como muestras hasta nosotros abundantes monumentos, entre los que destacan: en Cremona, el Terrazzo, la Catedral y el Palazzo dei Giureconsulti; en Brescia, el Broletto, imponente construcción del siglo xii, y en Milán, el Castello Sforzesco, obra de Francisco Sforza, del año 1450, el Ospedale Maggiore y, sobre todo, la maravillosa catedral, de renombre universal, que simboliza perfectamente la grandeza de la Lombardia del siglo xiv; soberbio edificio gótico comenzado en 1386 por el duque Visconti para rivalizar con las catedrales de Florencia y Siena, consagrado por Martín V en 1417, si bien las obras de perfeccionamiento continuaron en los siglos siguientes, pues no fué terminada hasta 1813 (6).

(6) Alarcón, en su popular libro «De Madrid a Nápoles», lo mismo que cuantos españoles contemplan este templo, se dejó llevar de su admiración por la catedral de Milán, de la que escribió lo siguiente: «Figúraos cinco naves góticas sostenidas por 52 gigantesas columnas, de cuyos soberbios capiteles, bordados de esculturas, arrancan elegantes

La catedral milanesa es un espejo vivo de la obra viscontea en Lombardía, con sus 135 agujas, las 2.300 estatuas exteriores que posee y su mosaico de mármol; mide 158 metros de larga y ocupa la enorme superficie de 11.700 metros cuadrados. Con este monumento y otros muchos que se levantaron Milán se embelleció, poblándose de tal modo que Bonvesin de la Riva le calculó una cifra aproximada a las 200.000 almas.

Vino, a continuación de este período de esplendor, otro de luchas y desórdenes, finalizado a mediados del siglo xv, bajo el gobierno de la familia de los Sforza, con la que apareció un nuevo renacimiento artístico. Milán, plétórica de bienestar, alcanzó los 300.000 habitantes (7), y las otras ciudades lombardas participaron de su prosperidad, que duró pocos años, pues el auge terminó con la subida al poder del hijo de Francisco Sforza, Galeazzo Maria Sforza, con el que comenzó el declive lombardo. Una conjura acabó con aquél, surgiendo discordias sobre su sucesión, fomentadas por Ludovico el Moro, el cual, después de una serie de acontecimientos que éste creyó vencer con la ayuda exterior, solicitó el apoyo extranjero, que fué funesto para su Casa y para su Estado, pues después de numerosas luchas e intrigas, terminó prisionero en el castillo de Loches, quedando entonces Lombardía como tierra que iba a ser disputada entre Francia y España.

#### IV. LA VALORACION GEOPOLITICA Y DIPLOMATICA DEL MILANESADO EN EL SIGLO XVI

Italia aceleró desde mediados del xv su movimiento de unificación, de tal modo que los numerosos Estados con que antes contaba estaban reducidos, al comenzar el xvi, a los siguientes: Florencia, que dominaba toda la Toscana; el ducado de Saboya, que se extendía desde el Saona a Siena y desde el Mediterráneo al lago Neufchatel; los ducados de Módena y Reggio; el marquesado de Mantua (ducado desde 1530); la Romanía; los reinos de Nápoles y Sicilia; las poderosas repúblicas de Génova y Venecia, y el Milanesado, que abarcaba casi toda la antigua Lombardía. Había también otros pequeños Estados, pero de muy escasa importancia.

En las luchas sostenidas por Francia y España, en el xvi, se alteró el equilibrio de los Estados italianos; y así, en esta zona del Mediterráneo, el mar de las decisiones para la Europa medieval, se desarrolló una contienda entre los Estados ribereños, cuyos primeros conatos habíanse manifestado en las luchas entre los Anjou y Aragón (desde 1280 aproximadamente), y que se prolongaron con motivo de la política imperial de Alfonso V de Aragón en Nápoles (1442). Después de tal conflicto la cuestión de Italia estaba muy lejos de quedar resuelta, y había

bóvedas ojivales; figuraos bajo estas bóvedas un espacio de 148 metros de longitud por 57 de ancho y 64 de elevación; figuraos en los muros, en los pilares y en las capillas hasta 679 estatuas, y casetones y doseletes dispuestos para otras 158 que aún quedan por hacer... (en la parte exterior del «Duomo» hay cerca de 2.000 estatuas y aún faltan unas 600. Total de estatuas que tendrá con el tiempo, 3.400 y tantas. En la catedral de Milán se trabaja incesantemente hace cerca de 500 años y aún no está concluida. Los trabajos se han emprendido últimamente con gran actividad, y se cree que esta generación verá terminado el gran pensamiento de Galeazzo Visconti. Figuraos detrás del altar mayor tres inmensas ventanas, adornadas, como todas las del templo, con magníficos vidrios de colores; en el intradós de las bóvedas, pinturas que fingan adornos esculturales; en las capillas algunos retablos de gran mérito por su antigüedad o por su primer artístico; en otros parajes magníficos sepulcros de arzobispos y cardenales; figuraos, digo, todo esto, con su riqueza, sus inmensas proporciones, su majestad y su hermosura, y formaréis una vaga idea del conjunto de la hermosa catedral...» Durante el siglo xvi las guerras y epidemias paralizaron los trabajos del templo, que fueron continuados en el xvii, bajo la dominación española.

(7) Para dar una idea de la magnitud de esta cifra indicaremos que Milán, incluyendo sus arrabales, en 1881 tenía 321.000 habitantes, es decir pocos más que durante la época de los Sforza.

de constituir en la centuria décimosexta un semillero de discordias y ambiciones territoriales (8), pues durante mucho tiempo la diplomacia del Occidente europeo giró alrededor de un problema concreto: la cuestión del predominio en Italia.

Francia, que aspiraba a desempeñar papel preponderante en los destinos de Europa, no veía con calma el engrandecimiento de España, nación que ya se había unificado; y, por esta razón principalísima, sostuvo con ella guerras encarnizadas, en las que llevó la peor parte, a pesar de haber llegado en una ocasión hasta el extremo de aliarse con los turcos en contra del emperador Carlos V. Varias de estas luchas tuvieron lugar en Italia y, a consecuencia de una serie de victorias, la Corona española adquirió el Milanesado, país en el que el dominio hispano se prolongó durante ciento setenta y nueve años (1535-1714).

La vieja tendencia de la antigua corona de Aragón fué la que inyectó a España la trayectoria de su política internacional, con marcada tendencia antifrancesa, antiturca e italiana; y para el desarrollo de cada uno de estos tres objetivos se ofrecía como campo ideal la península italiana, anhelada también por Francia, pues aquélla constituía una magnífica base para luchar contra los turcos; y era, además, un punto muy apropiado para el desarrollo de la misión política y cultural de España, pues frente a lo que insidiosamente se ha dicho respecto a nuestra dominación en Italia, es preciso proclamar que el predominio hispano en esas tierras les dió una cierta firmeza política interior, garantizándoles, simultáneamente, la conservación de sus esencias mediterráneas (catolicidad y latinidad sobre todo), por la defensa eficaz que podría realizar ante probables intervenciones de franceses y turcos.

Como dice Vicens, el predominio español en Italia se basó en dos núcleos: Nápoles y el Milanesado, territorios geopolíticamente equivalentes, pues mientras el primero aseguraba la resistencia contra Turquía, el segundo controlaba toda tentativa europea sobre la península y permitía la intervención efectiva de España en los asuntos del Continente. Era, pues, importantísima la misión militar, diplomática y política que tenían cada uno de ellos; y si Nápoles dió a España seguridades contra los turcos, Milán aseguraba la vigilancia permanente de Francia, el dominio de los pasos alpinos y la intervención más o menos directa en los asuntos de la Europa Central.

Mas no fueron solas estas razones de diplomacia internacional las que pesaban en el dominio del Milanesado. En Europa había adquirido gran preponderancia la idea de que para poseer Italia era preciso dominar Milán, corazón de la península: «La entrada para toda Italia es Milán» (Mendoza); las cancillerías diplomáticas hicieron suya esta idea; y, por ella, la Lombardía se convirtió en la meta soñada de aquellos Estados que aspiraban a ejercer la hegemonía en el Mediterráneo.

## V. LA PUGNA HISPANO-FRANCESA POR EL MILANESADO

Las razones geopolíticas y diplomáticas reseñadas en el apartado anterior fueron las determinantes de la inauguración, en Lombardía, de un régimen extranjero, que, con más o menos alternativas, y con la intervención de diversos Estados, había de perdurar hasta 1859, período comenzado el 6 de octubre de 1499 por Luis XII de Francia, descendiente de los Visconti por su abuela Valentina, que completó su victoria al año siguiente (1500) en los campos de batalla de Novara.

Mas el dominio francés en el Milanesado fué seguido de un período de guerras y disturbios, cuyos jalones históricos más importantes están marcados por la Liga de Julio II, el paréntesis de los Sforzas restaurados y la aventura militar de Francisco I (1515), que, tras el combate de Marignano, se hizo dueño del territorio;

(8) J. Vicens: «Historia General Moderna». Barcelona, 1912. Pág. 49.

acontecimientos históricos agravados por una gran depresión económica y por la aparición de la peste, que causó abundantes víctimas. Hechos catastróficos para la vida del Milanesado que fueron en parte remediados por el dominio en este país de la Corona española.

El dominio español en el Milanesado fué adquirido tras una serie de luchas que, por sus circunstancias diplomáticas, adquirieron categoría europea, pues en ellas se ventilaba algo más que el asentamiento de un Estado extranjero en la vieja Lombardia: la subsistencia de un Imperio europeo habsburgués y el predominio en nuestro Continente de España. Este fué el signo general de aquella lucha, iniciada en 1521 por Carlos I, que expulsó a los franceses de Milán: pero éstos, poco después, invadieron de nuevo el norte de Italia, sitiando la plaza de Pavia, en cuyo socorro llegó un ejército español, que trabó lucha con los franceses, alcanzando las tropas de Carlos I la victoria de Pavia, una de las más decisivas de la historia del mundo y una de las más gloriosas de la vida militar de España, en virtud de la cual cambió completamente el destino de Italia y Europa, modificándose sustancialmente la situación diplomática internacional, que comenzó a ser tributaria de la diplomacia de España.

Francisco I, hecho prisionero en Pavia, firmó en 1526 el Tratado de Madrid, por el cual el emperador francés, entre otras regiones, renunciaba al Milanesado, comenzando el predominio español en esta tierra, que, tras nuevas violaciones de la paz por Francisco, fué reconocido por el emperador francés en la Paz de las Damas (1529).

Pero aquel monarca olvidó prontamente sus promesas. Al morir (1535) el duque Francisco Sforza sin sucesión, declaró Carlos I el Milanesado posesión suya; mas como Francisco lo deseaba para su segundo hijo, estalló una nueva guerra hispano-francesa, terminada por la Paz de Niza (1538). Y, tras nuevas intrigas y guerras, la lucha entre los dos países finalizó por la Paz de Cateau-Cambresis (1559), que sancionó el predominio español en el Milanesado y en el resto de Italia, y con la que terminó un movido ciclo de la historia europea, que consagró la hegemonía en el mundo de las armas y de la diplomacia española.

De este modo fué pacificado el Milanesado definitivamente, lo mismo que los demás Estados italianos, lo cual permitió a España concentrar y preparar sus esfuerzos contra la amenaza turca, gloriosamente paralizada y deshecha en la batalla de Lepanto (1571); triunfo de las armas cristianas contra el Islam que detuvo la expansión de las ideas mahometanas y que no hubiese sido posible si la habilidad de Carlos I y Felipe II no hubieran conseguido expulsar a los franceses y después dominar y pacificar la península italiana. Por eso, puede asegurarse que los nombres de Pavia y Cateau-Cambresis constituyen un precedente de las glorias cristianas de Lepanto.

## VI. LA POLÍTICA ESPAÑOLA DE REALIZACIONES PRÁCTICAS EN EL MILANESADO

Al terminar las luchas contra Francia, España estableció un orden político y administrativo, no sólo en el Milanesado, sino también en toda Italia; sistema de gobierno cuyo mejor elogio lo constituye el hecho de su permanencia y duración, que alcanzó, como hemos indicado anteriormente, ciento setenta y nueve años, pues formalmente no fué alterado hasta los Tratados de Utrecht-Rastadt, que finalizaron la guerra de Sucesión española y sustituyeron el dominio de Madrid por el de Viena en el gobierno del Milanesado, sin que Austria acertase a crear en estas tierras un cuadro político tan viable como el español.

Los hechos más salientes del predominio español en el Milanesado ocuparían una larga reseña; mas entre ellos es preciso destacar: la extinción de las abun-

dantes luchas internas y familiares del periodo anterior; la actividad del Senado en el ámbito del Derecho y del Magistrado para la Industria en el campo económico; la revalorización de la política de los pasos alpinos, tan hábilmente aprovechada, posteriormente, por Napoleón Bonaparte, y, a mediados del XIX, por la diplomacia prusiana, suiza y austriaca, con la construcción de los ferrocarriles transalpinos; y el auge de una exquisita cultura y sensibilidad, a pesar del agotamiento causado por el esfuerzo italiano del Renacimiento. En resumen, un largo periodo de paz, cuyas huellas han llegado hasta hoy retratadas en los monumentos de todas clases que se conservan, construidos en el periodo de la tutela de España (9).

Esta política de realizaciones prácticas ha intentado ser empujeada, alejando nuestros contradictores que, bajo la dominación española, el mercado sedero de Milán sufrió un serio quebranto. Ciertamente que el comercio de la seda declinó, pero ello fué una consecuencia debida no al gobierno de nuestros diplomáticos, sino lógica derivación del alejamiento del tráfico alpino por el comienzo de la Era Oceánica, y por el incremento adquirido por el mercado de Lyon, cuya prosperidad económica, obra del cambio comercial surgido en el occidente de Europa en el XVIII, atrajo los operarios milaneses, considerados como los mejores de Europa; estos trabajadores emigraron a los talleres sederos de la ciudad francesa, causando, indirectamente, serio quebranto a la economía del Milanesado, siendo en parte amortiguado este perjuicio por las medidas de los gobernantes españoles (10).

## VII. PRINCIPALES GOBERNADORES ESPAÑOLES DEL MILANESADO

Muchos de los gobernadores españoles tuvieron ocasión de dar pruebas de su valía en esta región italiana, que económicamente era la más rica que poseíamos en la vieja península; por ello, a continuación vamos a citar aquellos personajes cuyo mando y habilidad mayores huellas dejaron en el Milanesado, mereciendo destacarse el hecho de que nuestros gobernadores se hallaban también al frente de las tropas españolas que operaban en el norte de Italia, como sucedió en 1553 y 1555.

Don Antonio Leiva, capitán insigne, fué el primero de la larga y gloriosa lista de gobernadores españoles del Milanesado. Poco después, en 1541, era gobernador

(9) No es muy abundante la bibliografía extranjera sobre el dominio español en el norte de Italia; y entre los libros escritos destacaremos, aunque no siempre resplandezca en ellos sincera objetividad, los siguientes: A. Brenna y C. Cantù, «Grande Illustrazione del Lombardo-Veneto» (Milano, 1858-61); Formentini, «La dominazione spagnuola in Lombardia» (Milano, 1881); E. Hutton, «Milan and Lombardias» (London, 1925); G. B. Rossi, «Milano e la Lombardia antichi e moderni» (Torino, 1925); la obra de Malaguzzi («Milano»), y las de Cosío y Verrí, ambas con un título idéntico: «Storia di Milano».

(10) La decadencia comercial del Milanesado no fué consecuencia de la dominación española, sino un fenómeno de depresión ocasionado por el descubrimiento de América, que afectó también a todas las regiones del Mediterráneo, las cuales no volvieron a adquirir la importancia económica que tuvieron en el medioevo hasta la apertura del canal de Suez. Por eso, nosotros hemos podido escribir, con todo fundamento científico, en otra monografía, que «la era oceánica, al olvidar el «Mare Nostrum», alejó el tráfico de la cordillera alpina, y los siglos XVI, XVII y XVIII ofrecieron un largo vacío en las comunicaciones transalpinas. Los países que rodeaban la cordillera construyeron sus carreteras olvidando la montaña, orientándolas hacia el Atlántico; y así, en todo el valle del Ródano, en el alto Danubio y en la misma Suiza surgió una corriente que, sin atreverse a pasar los Alpes, estimaba mucho más fácil el rodearlos mediante el navío, el cabotaje y las comunicaciones terrestres. Todo el noroeste de Europa recibía el comercio del Interior en Burdeos, El Havre, Hamburgo, etc. Los Alpes habían sido olvidados...» (I. Escagües de Javierre: «La Geografía de los ferrocarriles y su influencia en la Historia Contemporánea». Conferencia pronunciada en la Real Sociedad Geográfica Española de Madrid, Madrid, 1944. Pág. 39.) En este último estudio, reseñamos el papel que las rutas naturales y los ferrocarriles han desempeñado en la historia italiana.

el marqués del Vasto, vencido en Cerisoles; y, más adelante, Ferrante Gonzaga, que sostuvo, con audacia y diplomacia, la preponderancia española frente a los manejos de Pedro Luis Farnesio, duque de Parma, al que se le acusó de habernecho morir (1547), y que recibió y agasajó, en 1548, al príncipe don Felipe, luego Felipe II, procedente de Génova.

En el año 1563 era gobernador el duque de Sessa, durante cuyo mandato miasmas pestilentes originaron el llamado «mal de castrone» (1564), causante de numerosas víctimas en Lombardia; y fueron tan eficaces las medidas tomadas por aquél para combatir la epidemia, que sus efectos catastróficos en la población fueron notablemente aminorados. Estos aciertos y otras atinadas medidas del duque dieron a éste tanta popularidad y prestigio, que todavía hoy se recuerda en Milán el acertado gobierno de Sessa.

Otro gobernador insigne fué el duque de Alburquerque, que en 1566 probó sus dotes al tratar de evitar los conflictos surgidos entre el arzobispo Carlos de Borromeo y el Senado de la ciudad, motivados por asuntos jurisdiccionales. En otros problemas obró el Arzobispo con energía, tratando de reformar la Orden de los Humillados, entregada al vicio y al lujo: un sicario pagado atentó contra la vida del prelado y el Pontífice suprimió la Orden. El gobernador Alburquerque negó el «tequeatur» a la bula «In Coena Domini», mostrándose firme frente a la actitud romana (1567).

Al condestable de Castilla don Juan Fernández de Velasco, gobernador de Milán en 1599, le substituyó uno de los grandes generales de la España de Felipe II y, quizá, el mejor gobernador del Milanésado: don Pedro Enrique de Acevedo, conde de Fuentes de Valdepero, cuyo mandato abarcó diez años (1600-1610). Digno rival de Enrique IV, tuvo en jaque a grisones y venecianos, y mostró particularmente su valía, sobre todo, frente al inquieto saboyano Carlos Manuel, enemigo acérrimo de España, al que consiguió desbaratar sus intrigas.

Al conde Fuentes de Valdepero siguieron en el mando del dominio español el marqués de Hinojosa y don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca (1615); y en los períodos siguientes destacaron por sus dotes otros gobernadores como el duque de Feria, el marqués de Leganés y Gonzalo de Córdoba, durante las guerras sostenidas contra Richelieu.

En los últimos años del reinado de Felipe IV fueron gobernadores y generales del ejército combatiente el marqués de Siruela, el marqués de Velada, don Bernardino Fernández de Velasco, condestable de Castilla y Caracena, los cuales realizaron una política de gobierno tan hábil que, merced a ella, el Milanésado disfrutó de una relativa seguridad frente a las pretensiones extranjeras. Pero aún fué menos agitado para la Lombardia el reinado de Carlos II, en el que destacó el período de mandato del príncipe de Ligne. El último gobernador de Milán por los Austrias españoles fué Carlos Enrique de Lorena, príncipe de Vaudemont y de Commerci (1698-1706).

### VIII. LA EXTINCIÓN DE LA TUTELA ESPAÑOLA EN EL MILANESADO Y SUS CONSECUENCIAS POLÍTICAS

Hemos reseñado someramente los rasgos más destacados de la dominación española en el Milanésado; y para finalizar este estudio sólo nos resta señalar que, al terminar la guerra de Sucesión española, los Tratados de Utrecht-Rastadt pusieron término a nuestro mandato. El territorio, tras la Paz de 1714, fué declarado posesión de la nación austriaca, que, con diversas alternativas, lo conservó en su poder hasta mediados del siglo XIX.

Al substituir en el Milanésado la tutela de Madrid por la de Viena, la diplomacia europea se olvidó de la realidad política e histórica de aquellas tierras

italianas; y fruto de este error intencionado fué la sustitución de un cuadro político, mantenido por España durante más de siglo y medio, por otro en el que, inmediatamente, se adivinaban nuevos focos de perturbaciones y luchas, que muy pronto, con los conflictos que surgieron, hicieron añorar a los milaneses el largo período de paz que significó para la Lombardia la preponderancia española.

Las desmembraciones del Milanesado en favor de Cerdeña (Paz de Viena—1738—, Paz de Worms—1743—); la invasión y ocupación por los franceses (1796); la creación de la república cisalpina; la reconquista austriaca (1799); la batalla de Marengo; la nueva ocupación austriaca, al amparo del motín popular que costó la vida al ministro Prina (1814); los sangrientos acontecimientos de 1848; los constantes disturbios populares, etc., son hechos que prueban que el orden político establecido por España en estas regiones, al cabo de siglo y medio de intentos para cambiarlo no había encontrado sustituto apropiado. La trama esencial del sistema de equilibrio imperante en el norte de Italia durante el xvi y xvii, tan hábilmente forjada por la diplomacia española, no pudo ser sustituida bajo la dominación austriaca, durante la cual se enseñoreó de estas tierras una permanente inestabilidad, que no terminó hasta que, en 1859, Milán, como toda la Lombardia, fué cedida por Austria a Francia, y, por ésta, al rey del Piamonte, formando parte desde entonces de la nación italiana.

El término del dominio español en el norte de Italia cerró un período próspero y pacífico de la vida del Milanesado, que no había de volver hasta su integración bajo la Corona italiana; período que, si se expone con plena objetividad, sin conclusiones preconcebidas, constituye una página gloriosa de la historia española y la mejor ejecutoria de la honrosa tutela dispensada por nuestra Patria.

## PREUNIVERSITARIO: PARA LOS ALUMNOS DE LETRAS

*Para completar el estudio de San Juan Crisóstomo, en el programa del actual año académico del Curso Preuniversitario, se ha recomendado, además de la traducción de la «Homilía en defensa de Eutropio», la que trata:*

### «DE LA VANAGLORIA Y LA EDUCACION DE LOS HIJOS»

*Una edición económica, con el texto griego de esta última Homilía, ha sido publicada por nuestra revista «Enseñanza Media», a fin de que pueda ser utilizada en clase; atenderemos así las indicaciones que de toda España hemos recibido. Conviene que tanto Institutos como Colegios nos indiquen A CORREO SEGUIDO los ejemplares que desean. Habrán de dirigir los pedidos a: REVISTA «ENSEÑANZA MEDIA».—Alcalá, 30, 5.º, 7.º MADRID.*